
MINOS.

ARGUMENTO.

Este diálogo no deja de tener analogía con el *Hiparco*. Los interlocutores son también Sócrates y un amigo anónimo; y el título se toma también de un personaje que sólo indirecta y accidentalmente figura en él, que es Minos, alabado quizá con exageración y presentado como el legislador por excelencia. Se presume también que el autor sea Simón el Socrático. El asunto es diferente, es la ley; pero es tratado con la misma debilidad. La ley no es lo que es legítimo, como la vista no es lo que es visto. La ley es una resolución del Estado, un juicio del Estado, un juicio verdadero. Siendo un juicio verdadero, la ley puede definirse el descubrimiento de lo que existe ó de la realidad. No variando la realidad, la ley no varia. Las leyes variables no son leyes, sino errores del espíritu humano. Hé aquí una doctrina que vale bien poco, sobre todo si se traen á la memoria el *Político*, la *República* y las *Leyes*.

MINOS (1).

SÓCRATES Y UN AMIGO.

SÓCRATES.

¿Cómo definiremos la ley?

EL AMIGO.

¿De qué ley quieres hablar?

SÓCRATES.

Pues qué; ¿una ley difiere de otra ley en tanto que ley? Fíjate en lo que te pregunto. Si te preguntase qué es el oro, y me respondieses que de qué oro hablaba, me parece que tu pregunta no estaría en su lugar; porque el oro en nada difiere del oro, en tanto que oro, ni la piedra de la piedra en tanto que piedra. Pues de igual modo la ley no difiere en manera alguna de la ley, y todas las leyes son de la misma esencia; cada ley es igualmente ley y no ésta más y aquella menos. Y así lo que yo te pregunto es: ¿Qué es la ley en general? Si tienes una respuesta preparada, dímela.

EL AMIGO.

¿Y qué puede ser la ley, Sócrates, sino lo que es legítimo?

SÓCRATES.

Entonces, ¿te parecerá que la palabra es lo que es ha-

(1) No se conoce el segundo título de este diálogo.

blado? ¿ó la vista lo que es visto? ¿ó el oído lo que es escuchado? ¿ó acaso la vista es una cosa y lo visto otra, el oído una cosa y lo escuchado otra, y lo mismo la ley una cosa y lo que es legítimo otra? Veamos qué dices á esto.

EL AMIGO.

Ahora me parece que son cosas diferentes.

SÓCRATES.

¿Luego la ley no es lo que es legítimo?

EL AMIGO.

No me parece que lo sea.

SÓCRATES.

¿Pues entónces qué es la ley? Procedamos á examinar esta cuestion del siguiente modo. Si alguno, valiéndose de los ejemplos que acabamos de citar, nos dijese: Puesto que asegurais que por la vista se ve lo que es visto, ¿qué es esta vista que nos hace ver? nosotros responderiamos, que es un sentido que, por el ministerio de los ojos, nos revela los colores. Y si nos volviese á preguntar: puesto que es por medio del oído como se oye lo que es oído, ¿qué es este oído? nosotros responderiamos, que es un sentido que, por el ministerio de las orejas, nos revela los sonidos. De la misma manera si se nos preguntase: puesto que es por medio de la ley como se establece lo que es legítimo, ¿qué es la ley? ¿Es una especie de sentido que nos revela lo que es legítimo, así como aprendemos lo que naturalmente puede ser aprendido por medio de la ciencia, que nos lo revela? ¿Es un descubrimiento como aquellos mediante los que descubrimos todo lo que nos es dado descubrir? Por ejemplo, nosotros descubrimos lo que es sano y lo que es insalubre por la medicina; y lo que piensan los dioses, como dicen los adivinos, por la adivinacion; porque el arte es propiamente un descubrimiento; ¿no es así?

EL AMIGO.

Ciertamente.

SÓCRATES.

Pues bien, ¿por medio de cuál de estas ideas definiremos la ley?

EL AMIGO.

Las resoluciones del gobierno y sus decretos: esto me parece que es la ley. ¿Que otra cosa puede ser? Nada se arriesga por tanto respondiendo á tu pregunta, que la ley en general es la resolución del Estado.

SÓCRATES.

Al parecer dices que la ley es una opinión del Estado.

EL AMIGO.

Sí.

SÓCRATES.

Quizá tienes razón en decirlo, pero sabremos mejor á qué atenernos procediendo de esta manera. ¿Hay hombres á quienes llamas sabios?

EL AMIGO.

Sí.

SÓCRATES.

Los sabios ¿no son sabios á causa de la sabiduría?

EL AMIGO.

Sin duda.

SÓCRATES.

Los justos ¿son justos á causa de la justicia?

EL AMIGO.

Seguramente.

SÓCRATES.

Los observadores de la ley ¿no son observadores de la ley á causa de la ley?

EL AMIGO.

Sí.

SÓCRATES.

Y los infractores de la ley ¿son infractores de la ley á causa de la ilegalidad?

EL AMIGO.

Sí.

SÓCRATES.

¿Pero los infractores de la ley son injustos?

EL AMIGO.

Injustos.

SÓCRATES.

¿No son cosas bellas la justicia y la ley?

EL AMIGO.

En efecto.

SÓCRATES.

¿Y cosas muy feas la injusticia y la ilegalidad?

EL AMIGO.

Sí.

SÓCRATES.

Las unas son la salud del Estado y de todo lo que existe; las otras son su ruina y su trastorno.

EL AMIGO.

Sí.

SÓCRATES.

Luego es preciso considerar la ley como una cosa realmente bella y buscarla como un bien.

EL AMIGO.

Necesariamente, así debe de hacerse.

SÓCRATES.

¿No hemos dicho que la ley es la resolución del Estado?

EL AMIGO.

Así lo hemos dicho.

SÓCRATES.

Y qué, ¿no hay resoluciones buenas y malas?

EL AMIGO.

Las hay.

SÓCRATES.

Pero la ley no puede ser mala.

EL AMIGO.

No, ciertamente.

SÓCRATES.

Luego no es exacto responder sencillamente, como lo hemos hecho, que la ley es una resolución del Estado.

EL AMIGO.

Así me lo parece.

SÓCRATES.

Es contrario al buen sentido, que la ley sea una mala resolución.

EL AMIGO.

Ciertamente.

SÓCRATES.

Sin embargo, á mí me parece, que la ley es una cierta opinion. Y no siendo la ley una mala opinion, es de toda necesidad que sea buena, puesto que es una opinion.

EL AMIGO.

Sí.

SÓCRATES.

¿Pero qué es una buena opinion? ¿no es la que está fundada en la verdad?

EL AMIGO.

Sí.

SÓCRATES.

Y la opinion fundada en la verdad, ¿no es un descubrimiento de la realidad?

EL AMIGO.

Lo es, en efecto.

SÓCRATES.

Luego la ley es el descubrimiento de la realidad.

EL AMIGO.

Siendo la ley el descubrimiento de la realidad, ¿en qué consiste, Sócrates, que no nos gobernamos por las mismas leyes en las mismas circunstancias despues de haber descubierto la realidad?

SÓCRATES.

La ley siempre es el descubrimiento de la realidad. Si los hombres no se gobiernan siempre por las mismas leyes, como parece suceder, consiste en que no son siempre capaces de descubrir el objeto de la ley, la realidad. Pero examinemos ahora si debe admitirse como cierto que nosotros hemos tenido siempre la misma ley ó la hemos mudado, y si todos los pueblos tienen las mismas leyes ó si las tienen diferentes.

EL AMIGO.

Hé aquí un punto difícil de decidir, Sócrates. Es claro que un pueblo no tiene siempre las mismas leyes, y que los distintos pueblos las tienen diferentes. Así entre nosotros no hay ley que ordene inmolar hombres á los dioses, y ántes por el contrario, se tendria por una impiedad. Los cartagineses inmolan víctimas de esta clase y es entre ellos una práctica piadosa prescrita por las leyes, llegando algunos hasta sacrificar sus propios hijos á Saturno, como quizá habrás oido decir (1). Pero no son sólo los bárbaros los que tienen distintas leyes. Los habitantes de Liceo (2) y los descendientes de Atamante (3) qué clase de sacrificios hacen (4) y son griegos! En nuestra misma patria no ignoras las leyes que en otro tiempo se observaban en los funerales; no se esperaba á que fuese enter-

(1) Diod. de Sic. XX, 14. Plutarc. *De superst.* Plinio Hist. XXX, l. Justin. XVIII, 7.

(2) En Arcadia. El monte Liceo debe sin duda su nombre al gran número de lobos que allí habia.

(3) Rey de Beocia. Precisado á expatriarse, el oráculo le advirtió que se estableciera en países donde los animales salvajes le dieran hospitalidad. Habiendo encontrado lobos que se disputaban la carne de ovejas que habian degollado, como huyeran de miedo, comprendió que aquel era el país en que debía establecerse, y se estableció dándole su nombre así como á sus descendientes.

(4) Se trata, téngase en cuenta, de sacrificios humanos. Véase la *República*, l. VIII.

rado el cadáver para inmolar las víctimas y hacer venir las mujeres encargadas de ofrecer libaciones. En una época más remota se enterraban los muertos en sus propias casas (1). Nada de esto hacemos nosotros ahora. Podrían citarse mil ejemplos semejantes, porque es inmenso el número de las pruebas que justifican que ni los pueblos ni los individuos se gobiernan por leyes idénticas.

SÓCRATES.

Puede muy bien suceder, mi excelente amigo, que tengas razon; por mi parte lo ignoro. Pero si es cosa que vas á pronunciar largos discursos sobre tu modo de pensar en esta materia, y yo hago lo mismo, jamás nos pondremos de acuerdo, ó mucho me engaño. Por el contrario, si ambos nos fijamos en un mismo punto, podremos entendernos. Y así, si lo prefieres, dirígeme preguntas, ó si te parece mejor, respóndeme tú.

EL AMIGO.

Sócrates, estoy dispuesto á responder á lo que quieras.

SÓCRATES.

Pues bien; ¿qué crees tú? ¿Lo justo es injusto y lo injusto justo, ó bien lo justo es justo y lo injusto injusto?

EL AMIGO.

Sin duda lo justo es justo y lo injusto injusto.

SÓCRATES.

¿No creen lo mismo todos los hombres?

EL AMIGO.

Sí.

SÓCRATES.

¿Tambien los persas?

EL AMIGO.

Tambien los persas.

SÓCRATES.

¿Y siempre?

(1) Parece que esta costumbre subsistió hasta Solon.

EL AMIGO.

Siempre.

SÓCRATES.

¿Se cree en este país, que lo que pesa más es más pesado, y que lo que pesa menos es más ligero? ¿ó bien sucede todo lo contrario?

EL AMIGO.

Nada de eso; lo que pesa más es más pesado, y lo que pesa menos es más ligero.

SÓCRATES.

¿Y lo mismo en Cartago y en Liceo?

EL AMIGO.

Sí.

SÓCRATES.

Lo bello, á lo que parece, se encuentra bello en todas partes, y lo feo feo; y en ninguna parte se encuentra lo feo bello, ni lo bello feo.

EL AMIGO.

Sin duda.

SÓCRATES.

¿No se cree en todos los países, que lo que es es lo que es, y no lo que no es?

EL AMIGO.

Así me parece.

SÓCRATES.

Luego el que se engaña sobre lo que es, se engaña sobre lo que es legítimo.

EL AMIGO.

Conforme á lo que tú dices, Sócrates, las cosas legítimas son siempre las mismas para nosotros y para los demás países. Pero cuando considero en mis adentros, que no cesamos de hacer y deshacer nuestras leyes, no puedo persuadirme de que suceda de esa manera.

SÓCRATES.

Eso consiste quizá en que no consideras, que en medio

de todas estas transformaciones la ley subsiste la misma. Pero sigue con atención mi razonamiento. ¿Has leído por casualidad alguna obra sobre el tratamiento de las enfermedades?

EL AMIGO.

La he leído.

SÓCRATES.

¿Sabes á qué arte pertenece esta **clase de escritos**?

EL AMIGO.

Sé que pertenece á la medicina.

SÓCRATES.

Luego llamas médicos á los versados en este arte.

EL AMIGO.

Así los llamo.

SÓCRATES.

Y los hombres versados en este arte ¿tienen todos las mismas reglas ó tiene cada uno reglas diferentes?

EL AMIGO.

Yo creo que las mismas.

SÓCRATES.

¿Son sólo los griegos los que forman el mismo juicio acerca de las cosas que saben, ó también los bárbaros concuerdan igualmente entre sí y con los griegos?

EL AMIGO.

Es imprescindible que los que saben coincidan en los mismos juicios. sean griegos ó bárbaros.

SÓCRATES.

Bien contestado. ¿Y eso sucede siempre?

EL AMIGO.

Sí, siempre.

SÓCRATES.

¿Pero los médicos no escriben sobre la salud lo que juzgan que es verdadero?

EL AMIGO.

Sí.

SÓCRATES.

Luego los escritos de los médicos sobre la medicina son las leyes de la medicina.

EL AMIGO.

En efecto.

SÓCRATES.

Y los escritos sobre la agricultura son las leyes de la agricultura.

EL AMIGO.

Sí.

SÓCRATES.

¿Quiénes son los que escriben sobre la jardinería y trazan sus reglas?

EL AMIGO.

Los jardineros.

SÓCRATES.

Estas son las leyes de la jardinería.

EL AMIGO.

Sí.

SÓCRATES.

¿Emanan de gentes que entienden en esto de arreglar jardines?

EL AMIGO.

Necesariamente.

SÓCRATES.

¿Son sólo los jardineros los inteligentes en esto?

EL AMIGO.

Sin duda.

SÓCRATES.

¿Quiénes son los que escriben sobre la preparación de las viandas y trazan las reglas correspondientes?

EL AMIGO.

Los cocineros.

SÓCRATES.

Luego esas son las leyes de la cocina.

EL AMIGO.

En efecto.

SÓCRATES.

Emanan probablemente de gentes que entienden en la preparacion de manjares.

EL AMIGO.

Sin duda.

SÓCRATES.

Pero son los cocineros los que entienden de esto?

EL AMIGO.

Son los cocineros.

SÓCRATES.

Sea así. ¿Quiénes son los que escriben sobre la administracion de los Estados y trazan las reglas de la misma? ¿No emanan de los que entienden en el gobierno de los Estados?

EL AMIGO.

Es cierto, á mi entender.

SÓCRATES.

¿Hay otros que entiendan en esto como no sean los hombres políticos y los reyes?

EL AMIGO.

No, no hay otros.

SÓCRATES.

Estos escritos políticos, que se llaman leyes, son por lo tanto escritos de reyes y de hombres de bien.

EL AMIGO.

Es verdad.

SÓCRATES.

Pero los hombres entendidos ¿pueden escribir diferentemente sobre las mismas cosas?

EL AMIGO.

No.

SÓCRATES.

Ni establecerán tampoco leyes diferentes en unas mismas circunstancias.

EL AMIGO.

No, ciertamente.

SÓCRATES.

Y si vemos á algunos obrar de esta manera ¿qué diremos que son al hacerlo así, sabios ó ignorantes?

EL AMIGO.

Ignorantes.

SÓCRATES.

Por consiguiente ¿diremos que todo lo que es exacto es legítimo cualquiera que sea el arte de que se trate, medicina, arte de cocina ó jardinería?

EL AMIGO.

Sí.

SÓCRATES.

Diremos que todo lo que no exacto es ilegítimo.

EL AMIGO.

Necesariamente.

SÓCRATES.

Y así en los escritos sobre lo justo y lo injusto, y en general, sobre la organizacion y el gobierno de los Estados, lo que es verdaderamente es una ley régia, pero jamás lo es lo que no es verdadero; esto puede parecer una ley á los ignorantes, pero no lo es, sino que siempre es ilegítimo.

EL AMIGO.

Conforme.

SÓCRATES.

Luego con razon estamos de acuerdo en que la ley es el descubrimiento de la realidad.

EL AMIGO.

Al parecer.

SÓCRATES.

Para acabar de ilustrarnos, consideremos lo siguiente. ¿Quién es el que sabe distribuir la semilla en la tierra?

EL AMIGO.

El agricultor.

SÓCRATES.

¿No sabe distribuir en cada especie de tierra la semilla que conviene?

EL AMIGO.

Sí.

SÓCRATES.

El agricultor es por lo tanto un excelente legislador de semillas; son verdaderas sus leyes y sus distribuciones.

EL AMIGO.

Sí.

SÓCRATES.

¿Y quién es buen legislador en el arte de combinar los sonidos para formar la melodía? ¿De quién proceden en este caso las verdaderas leyes?

EL AMIGO.

Del tocador de flauta y del tocador de lira.

SÓCRATES.

En estas cosas, el mejor legislador es, por consiguiente, el mejor tocador de flauta.

EL AMIGO.

Sí.

SÓCRATES.

¿Y quién es el que sabe mejor distribuir el alimento á los hombres teniendo en cuenta su salud? ¿No es el que sabe mejor lo que les conviene?

EL AMIGO.

Sí.

SÓCRATES.

Sus distribuciones y sus leyes son por lo mismo las mejores leyes en estas materias, así como él será el mejor legislador.

EL AMIGO.

Seguramente.

SÓCRATES.

¿Y quién es?

EL AMIGO.

El que dirige los ejercicios de los jóvenes.

SÓCRATES.

Con respecto al cuerpo, ¿no es el que mejor sabe gobernar el gran rebaño de los hombres?

EL AMIGO.

Sí.

SÓCRATES.

¿Y quién es el que sobresale en gobernar los rebaños de corderos? ¿Cómo se le llama?

EL AMIGO.

El pastor.

SÓCRATES.

Las leyes del pastor son, por consiguiente, las mejores para los ganados.

EL AMIGO.

Sí.

SÓCRATES.

Y las del boyero para los bueyes.

EL AMIGO.

Sí.

SÓCRATES.

¿Y de quién emanarán las mejores leyes para las almas humanas? ¿No será del rey? Responde.

EL AMIGO.

Del rey.

SÓCRATES.

Perfectamente. ¿Podrías decirme cuál es entre los antiguos el que ha sido buen legislador en el arte de tocar la flauta? Quizá no lo sabes; pero, si quieres, yo te lo recordaré.

EL AMIGO.

Con mucho gusto.

SÓCRATES.

¿No es Marsias, según se cuenta, y su querido discípulo Olimpo el Frigio? (1).

EL AMIGO.

Es cierto.

SÓCRATES.

Sus composiciones musicales son verdaderamente divinas; sólo ellas encuentran el camino del corazón y nos hacen sentir hasta qué punto estamos bajo la dependencia de los dioses; gracias á su protección, son las únicas que subsisten aún hoy.

EL AMIGO.

Todo eso es exacto.

SÓCRATES.

Y bien, ¿quién pasa entre los antiguos reyes por un excelente legislador, y cuyas leyes subsisten aún hoy gracias á su perfección?

EL AMIGO.

No lo sé.

SÓCRATES.

¿No sabes cuál es el pueblo griego que tiene las leyes más antiguas?

EL AMIGO.

¿Quieres hablar de los lacedemonios, ó de Licurgo, su legislador?

SÓCRATES.

Esas leyes no tienen más que trescientos años, ó quizá un poco más. Pero las mejores de esas leyes ¿de dónde proceden? ¿Lo sabes?

EL AMIGO.

Se dice que vienen de Creta.

(1) Marsias es muy conocido; en cuanto á Olimpo, el Escoliasta se limita á decirnos que era Misio, y que fué el que inventó la armonía musical.

SÓCRATES.

Los cretenses son, pues, entre todos los griegos, los que tienen las leyes más antiguas.

EL AMIGO.

Sí.

SÓCRATES.

¿Sabes quiénes han sido sus mejores reyes? ¿No son Minos y Radamanto, hijo de Júpiter y de Europa, autores de las leyes de que hablamos?

EL AMIGO.

Se dice, Sócrates, que Radamanto fué un hombre justo; pero de Minos se dice que fue feroz, malo é injusto.

SÓCRATES.

Esa es una fábula ó una tragedia de Atenas, mi querido amigo.

EL AMIGO.

¿Cómo? ¿pues no es esto lo que se cuenta de Minos?

SÓCRATES.

Por lo ménos, no hablan así de él Homero y Hesiodo, y son ciertamente más dignos de fe que todos esos forjadores de tragedias de quienes has tomado esa idea.

EL AMIGO.

¿Y qué dicen Homero y Hesiodo de Minos?

SÓCRATES.

Voy á contártelo, para que no incurras, como la mayor parte, en semejante impiedad; porque nada más impío y que se deba evitar con mayor cuidado, como ofender á los dioses mismos con palabras ó con acciones. Además, es una falta gravísima no guardar el respeto debido á los hombres divinos, y toda precaucion es poca para no engañarse cuando se trata de alabar ó censurar. Por eso es conveniente aprender á distinguir los buenos de los malos; Dios se indigna cuando se censura á los que se parecen á él y cuando se alaba á los que están en oposicion con él, y el que se le parece es el hombre de bien. No

creas, te lo suplico, que las piedras, las maderas, los pájaros, las serpientes, sean cosas santas, y no el hombre; lo más santo que hay en el mundo es el hombre de bien; lo más impío es el malo. Ahora, volviendo á Minos, voy á repetirte el elogio que de él hacen Homero y Hesiodo, á fin de que, siendo tú hombre é hijo de hombre, no te atrevas á hablar mal de un héroe, hijo de Júpiter.

Homero, hablando de Creta, de sus numerosos habitantes y de sus noventa ciudades, dice:

*Entre ellas esta Cnosa, la gran ciudad, donde Minos
Reinó nueve años en familiaridad con el gran Júpiter (1).*

Hé aquí el elogio que en pocas palabras hace de Minos Homero, elogio que no dispensó á ningun otro de sus héroes. Que Júpiter sea un maestro de sabiduría, y que este arte sea el más precioso de las artes, es cosa que demuestra en mil parajes, y particularmente en éste. En efecto declara, que Minos trató á Júpiter por espacio de nueve años, le oyó y recibió sus lecciones como se reciben las de un sofista. El hecho de que Homero no haya concedido á ningun otro de sus héroes este honor de ser instruido por Júpiter, constituye un elogio admirable. En la bajada á los infernos en la *Odisea*, Minos es el que Homero presenta juzgando con un cetro de oro en las manos, y no á Radamanto (2). En este pasaje, no sólo no hace á Radamanto juez de los infernos, sino que en ninguna parte lo presenta como discípulo de Júpiter. Por todas estas razones me atrevo á decir, que Minos es el héroe que Homero ha alabado más. Hijo de Júpiter, educado por él mismo, ¿no es esto el colmo del elogio? Este verso:

(1) *Odisea*, XIX, 178, 179.

(2) *Odisea*, XI, 569.

Reinó nueve años en familiaridad con el gran Júpiter,

significa claramente que Minos fué el discípulo de Júpiter; porque la familiaridad consiste en las conversaciones, y vivir en familiaridad con alguno es escucharle. Minos frecuentó durante nueve años el antro de Júpiter, ya para instruirse él mismo, ya para enseñar despues á los demás lo que hubiere aprendido de Júpiter en este espacio de los nueve años. Algunos suponen, que familiar de Júpiter quiere decir compañero de mesa y de juego. Pero hé aquí una excelente prueba de la falsedad de esta suposicion. Entre tantos hombres como hay que se llaman griegos y bárbaros, sólo los cretenses y los lacedemonios, que lo han tomado de los cretenses, son los que se abstienen de los placeres de la mesa y de todas las diversiones en las que el vino hace algun papel. En Creta, entre las leyes de Minos, hay una que prohibe beber en sociedad hasta embriagarse. Es evidente que Minos no ha prescrito en sus leyes á sus conciudadanos nada que considere bueno, por que seguramente no ha imitado á esos hombres despreciables que imponen á los demás reglas que ellos mismos no observan. Su trato con Júpiter, como decia, consistia en conversar con él y en el estudio de la virtud. Hé aquí cómo le fué posible dar á sus conciudadanos estas leyes, que han hecho en todo tiempo la felicidad de Creta, y hacen hoy la de Lacedemonia desde que han comenzado á adoptarlas como reglas divinas. En cuanto á Radamanto era un hombre de bien; y se educó, en efecto, cerca de Minos. Aprendió no sólo el arte real de gobernar en general, sino tambien bajo éste el arte de administrar justicia en los tribunales; y este es el origen de su nombradía como excelente juez. Minos le nombró guardador de las leyes en el interior de la ciudad, y revistió á Talos de las mismas funciones en el resto de toda la Creta. Talos recorria tres veces al año los pueblos de la isla, velando por la ejecu-

cion de las leyes, que llevaba grabadas en tablas de bronce, lo cual le granjeó el sobrenombre de Bronce (1).

Hesiodo dice poco más ó ménos lo mismo de Minos. Después de haber citado su nombre, añade:

Era el rey más de verdad entre todos los reyes mortales.

Reinó sobre la multitud de los hombres que le rodeaban

Con el cetro de Júpiter en la mano

Y con este cetro gobernaba los Estados (2).

El cetro de Júpiter no es otra cosa, en el pensamiento de Hesiodo, que la educacion que Minos recibió de este dios, y que le permitió gobernar á Creta con tanta sabiduría.

EL AMIGO.

Pero entónces, Sócrates, ¿cómo se explica esa tradicion tan universal, que nos representa á Minos como un hombre ignorante y cruel?

SÓCRATES.

Esto debe servirte de advertencia, mi excelente amigo, si te precias de hombre prudente, y lo mismo que á tí á cualquiera otro que estime su reputacion, para procurar no enemistarse nunca con un poeta, cualquiera que él sea. Los poetas tienen un gran poder sobre la opinion, ya distribuyan á los hombres la censura ó el elogio. Cometió una gran falta Minos cuando hizo la guerra á esta ciudad (3) donde florecian tantos sabios y poetas de todos géneros, especialmente los autores de tragedias. La tragedia es muy antigua entre nosotros; no comienza, como se cree

(1) Véase para estos pormenores á *Apolodoro*, l. XXVI.

(2) Estos versos se han perdido; no se encuentran en los fragmentos de *Hesiodo*.

(3) Es decir, Atenas.

generalmente, ni en Téspis ni en Frinico (1), sino que si fijas bien la atención, verás que fué descubierta en esta ciudad en una época mucho más remota. Entre todos los géneros de poesía, la tragedia es el más popular y el más acomodado para hacer impresion en los espíritus. Haciendo aparecer á Minos en la escena, nos hemos vengado así de los tributos que nos obligó á pagarle. Tal fué el error de Minos, el enemistarse con nosotros; y hé aquí, para responderte, la causa de su mala fama. Pero de que fué hombre de bien, sabio, y, como dijimos ántes, excelente legislador, hay una prueba evidente, y es que sus leyes han permanecido inalterables, como las de un hombre que ha sabido descubrir en toda su verdad el arte de gobernar Estados.

EL AMIGO.

Todo lo que acabas de decir, Sócrates, me parece perfectamente verosímil.

SÓCRATES.

Si lo que digo es exacto, ¿no crees que los cretenses, conciudadanos de Minos y de Radamanto, son, entre todos los pueblos, los que tienen leyes más antiguas?

EL AMIGO.

Lo creo.

SÓCRATES.

Son entre los antiguos los mejores legisladores, guías y pastores de los hombres, á la manera que Homero llama á un buen jefe de ejército pastor de los pueblos.

EL AMIGO.

Sin duda.

SÓCRATES.

Y bien, ¿por Júpiter, protector de la amistad! si al-

(1) Frinico, ménos conocido que Téspis, inventó el yambo tetrametro, que se aplicó á la tragedia, introdujo los papeles de mujeres é hizo adoptar el uso de la careta. Pasa por haber compuesto nueve tragedias, entre ellas: *la toma de Mileto*.

guno nos preguntara cómo debería arreglarse un buen legislador del cuerpo para poner y mantener á éste en el mejor estado posible, nosotros le responderíamos bien y en pocas palabras, diciendo que semejante legislador distribuiría en justa proporción los alimentos y el trabajo, aquellos para alimentarle y éste para ejercitarle y fortificarle.

EL AMIGO.

Perfectamente.

SÓCRATES.

Luego si se nos preguntara en seguida cómo debe arreglarse un buen legislador para poner y mantener el alma en el mejor estado posible, ¿qué deberemos responder para no tener vergüenza ni de nosotros mismos ni de nuestra edad?

EL AMIGO.

Yo no puedo decirlo.

SÓCRATES.

Es una vergüenza para nuestras almas parecer ignorar en qué consisten su bien y su mal, al mismo tiempo que ellas conocen perfectamente el bien y el mal del cuerpo y de todo lo demás.

FIN DEL MINOS.